

A través del espejo

La diosa blanca

Hugo Hiriart

Treinta y siete científicos de primerísimo nivel, casi todos participantes en el Proyecto Manhattan, solicitaron al presidente Truman que no usara la bomba contra Japón. Su idea era que se diera en algún lugar neutral una demostración de la potencia del diabólico artefacto ante políticos y militares japoneses. Creían que con eso bastaría para convencerlos de que se rindieran. No fue así, como se sabe. La carta ni siquiera la leyó Truman: fue detenida por el Pentágono y jamás llegó a sus manos.

Fue hallada en un sitio arqueológico alemán, la cueva de Hohle Fels, en Suabia, la que se piensa es la más antigua talla jamás encontrada. Es de marfil, representa a una mujer y datada con carbono catorce se reveló que tiene unos treinta y cinco mil años de antigüedad. La estatuilla es ya, sin embargo, una extraordinaria obra de arte donde se representa a la mujer exagerando notablemente sus atributos sexuales: senos enormes, caderas amplísimas, genitales marcados, lo que hace pensar, me parece, que debe tratarse de alguna representación de la fecundidad, la madre tierra, de donde todo brota, encarnada en una mujer. Acaso esta antiquísima imagen sea una muestra de la Diosa Blanca que Robert Graves conjeturó fuente y origen de las religiones paganas posteriores, más articuladas.

El arqueólogo Nicholas Conard declaró, con cierta solemnidad, que está ciento por ciento seguro de que “en Suabia hace cuarenta mil años ya había gente como usted y como yo”. No sólo eso, aventuramos nosotros, el milagro es que hace cuarenta mil años ya había arte moderno, porque esta pequeña escultura, notablemente estricta, expresiva y hermosa, podrían haberla firmado, con orgullo, Modigliani, Brancusi o el mismísimo Picasso.

El segundo marido de Colette, Henri de Jouvenal, invitó a su suegra, la formidable Sido, Adèle-Sidonie, madre de la escritora, a pasar una temporada en el castillo de su familia en Corrèze, y le dio con esto oportunidad a Sido de improvisar una de las excusas estelares de las letras francesas: gracias, alegó la señora, pero no puedo ir porque mi cactus rosado está a punto de florecer, y sólo florece cada tres o cuatro años. A mi edad temo no tener otra oportunidad de presenciar el espectáculo y por eso no puedo aceptar su invitación. Le suplico me disculpe.

Una época en que se puede formular esta excusa tiene que tener muchas cosas admirables. Proust era lector de Colette, lloró al leer *Mitsou*, la novela de Colette, o al menos eso le confesó el maestro en una carta a la autora de la novela.

Oh, mi alma no aspira a la vida inmortal, sino a agotar los límites de lo posible, escribió Píndaro.

La verdadera historia de Madame Butterfly no es, según se ha averiguado, esa sentimental y edulcorada que inspiró la genial ópera de Puccini, sino es sencilla y, a su manera, atroz. La mujer que en la ópera se mata en escena por amor y honor, era en realidad la hija de una viuda dada al primer cónsul de Estados Unidos. En la vida real la japonesa enamorada no esperó con fidelidad el regreso de su amado, ni cometió suicidio cerca de la Bahía de Nagasaki, sino se elevó a madame, pero de un burdel, la madrota, decimos en México, que cayó en bancarrota, aunque antes ella, por las prácticas comunes a la institución que administraba, contrajo la sífilis, y fue entonces, al descubrir su horrenda y así, incurable enfermedad, que se arrojó a un río cercano y murió ahogada.



Venus, Hohle Fels, Alemania

¿Cuál historia le gusta más, la realista con su toque de expresionismo desesperado, o el impresionante, aunque lacrimoso, melodrama que elevó Puccini al escenario?

Conserve su distancia. Una criminóloga especializada en prisiones, sentada a mi lado en una cena, respondió a mi queja de las cárceles mexicanas, por violentas, sobrepobladas, corruptas, que las cárceles norteamericanas eran, sin embargo, mucho peores en materia de castigo. Y por una sola y al parecer inocua razón: las cárceles de allá aíslan por completo a los reos. En las visitas familiares los presos y sus mujeres, hijos, padres o lo que sea, no pueden bajo ningún concepto abrazarse o besarse, no pueden siquiera tocarse de modo alguno. Y no hay visita conyugal. Eso al preso que se porta bien. El que se porta mal es sentenciado a reclusión solitaria, un tormento atroz, sobre el que sacó hace poco un largo reportaje el *New Yorker*, porque si tiene duración suficiente no es raro que el reo acabe hablando solo, a varias voces que él solo interpreta, y es uno de los primeros signos de que el recluso está perdiendo la razón, y de la cárcel, a su debido tiempo, será trasladado al manicomio. ■